

propter nomen suum. O quiere decir, y se toma *nomen*, por la grandeza, santidad y bondad y limpieza de Dios, y de esta manera decimos: *Santificado sea el tu nombre*, y de tal manera, Señor, se hable y se sienta de ti, como Tú mereces, conociéndote y confesándote y amándote como a poderosísimo y santísimo y bonísimo por esencia infinitamente. Otras veces se toma *el nombre* de Dios por el Hijo. Porque *el nombre* es por donde se da a conocer cualquiera; y Dios es conocido por su Hijo. Porque así como la definición notifica a la cosa definida, así el Hijo, que es *Verbum Patris et lux*, manifiesta al mismo Padre. Quiere, luego, decir que Dios perdona los pecados, no por nuestros merecimientos, sino *por su nombre*, conviene a saber, por *su gloria* y honra, por *su poder y bondad* y santidad y *por los merecimientos de su Hijo*.

Pero resta una dificultad: cómo perdone Dios por los merecimientos de su Hijo, no habiendo en Dios cosas que una sea causa de otra, por su infinita simplicidad y perfección, lo cual denota el *propter*. A esto se responde que así es verdad; que en Dios no hay cosa que esté colgada una de otra, ni dependiente; porque ya en Dios habría algo que fuese *prius* et *posterius*; que absolutamente todo lo que hay en Dios, no es sino su esencia simplicísima, de infinita perfección, que igualmente contiene en sí todas las cosas cuanto al conocerlas y amarlas y obrarlas. Y así, aunque de la lumbre del sol se sigue el calor, y la lumbre es causa del calor; mas en Dios no es causa que produzca el calor el producir la lumbre. Y así aunque en Dios una cosa no sea causa que Dios haga o quiera otra, mas es gran verdad que Dios quiere que en las criaturas haya orden, y que una sea causa de otra. *Non vult hoc propter hoc, sed vult hoc esse propter hoc*. De esta manera decimos que *en Dios* no es causa de querer salvar los hombres y llevarlos al cielo la muerte de Cristo su Hijo; mas ordenó Él que *en nosotros* el perdonarnos los pecados y salvarnos, estuviese colgado de los méritos de su Hijo; aunque como digo, en Sí, absolutamente, sin causa, eligió Dios y amó hombres para el cielo; y así dijo nuestro Señor a sus discipulos (Jn., 16, 27): *Ipse Pater amat vos* (Lc., 12, 32): *Pusille grex, complacuit Patri dare vobis regnum*. El mismo Padre os ama. Plugo al Padre, grey pequeña, daros el reino. Gran falta es de las personas que están descarnadas y flo-

jas, decir: ¡Si me tiene Dios perdonados mis pecados! Cuando en vos veis cuidado de servir a nuestro Señor y mudanza en vuestra vida, ¿por qué no habéis de pensar que os ha perdonado Dios, y que os ama y está de vuestra parte? No porque de ello tengáis evidencia ni aun tanta certidumbre como de la fe, mas muy gran seguridad y confianza; que aunque resta temor, no desconsuela, pues es para os sollicitar y no dejar aflojar. Y por eso, más se consuela el alma que con él se halla, pues ve en sí don de Dios, que es aquel santo temor. Quitad esa sospecha, como dice Job (15, 21): no es Dios como el hombre, *qui cum pax sit, insidias meditatur*. Está predicando San Pedro este paso de la remisión de los pecados, y dijo (*Act.*, 10, 43): *Omnes prophetae testimonium perhibent, remissionem peccatorum...* Que son perdonados los pecados a los que piden perdón. por Jesucristo; y aparejándose a ello, *cayó luego el Espiritu Santo sobre los que lo oían.*

V. 13.

Scribo vobis, patres, quoniam cognovitis eum, qui ab initio est.—Porque *in principio erat Verbum*. Os escribo, padres, que conocisteis al que es desde el principio; por cuyo conocimiento viven los hombres. Viene bien a los ancianos de días el conocimiento maduro y asentado del Señor. Porque ya los tales más parece emplearse en el conocimiento quieto de Dios. que en resistir a los enemigos. Pues así como los viejos en las fuerzas del cuerpo están debilitados, así están los enemigos espirituales, si bien han peleado de mozos.

Scribo vobis adolescentes, quoniam vicistis malignum. Al demonio y al mundo, que hablan por una misma boca; pues tienen un mismo espíritu. Y a éste vencen los mancebos, porque donde carga más la batalla es en los días de la juventud, y así el propio oficio del mancebo es pelear y vencer.

V. 14

Scribo vobis, infantes, quoniam cognovistis Patrem. Torna a repetir lo dicho, para encarecer el afecto y amor con que les escribe. Ni es prolijidad, cuando tal

provecho se pretende; aunque a algunos les parece que decir una cosa dos veces, lo es. Habla así de los niños, porque es propio de los niños hacerles conocer a su padre y nombrarlo por nombre de padre; y así habian de hacer a los niños, enseñarles que tienen un Padre celestial en quien han de poner su confianza, y al cual han de llamar más rico y poderoso que ninguno de los hombres.

Scripti vobis patres.—A los viejos conviene mucho la prudencia, para que sepan para sí y para los mozos. Dice el Sabio (*Eccli.*, 25, 4): *Tres species odivit anima mea et aggravor valde animae ipsorum; pauperem superbum, et divitem mendacem, et senem fatum et insensatum.* Tres cosas detesta mi alma, que agrava harto a la de ellos: al pobre soberbio; al rico embustero; y al viejo insensato y necio. Porque todos éstos son muy incorregibles y desordenados. Humilla Dios al pobre con quitarle los bienes, y es ensoberbecido aún. El rico, que tiene quitada la ocasión de adular y mentir, que mienta, es cosa muy mala. Y el viejo que del discurso de su vida no haya cogido sabiduría, sino que todavía esté simple y sin entender el mal y el bien, es cosa muy fea. El viejo, aunque de mozo se descuide y se pierda, a la vejez, si se da prisa, puede cobrar lo que perdió; como el caminante que en la mañana anduvo poco y durmió la siesta; mas tal prisa se puede dar a la tarde, que cobre lo perdido. Ha de llorar el viejo las faltas de la mocedad, como hizo San Jerónimo, que a la vejez se apartó al yermo a llorar las faltas de la juventud si es que en verdad las tuvo. Y llorándolas David, decía (*Ps.*, 24, 7): *Delicta juventutis meae ne memineris.*

Scripti vobis, juvenes, quoniam fortes estis.—¡Qué bien parecen los mancebos fuertes contra los vicios, y cuán mal dejarse vencer de ellos! Muy flaco es el mancebo que no sufre una palabra, y de quienquiera toma venganza. Pues ¡qué fácilmente es vencido del vicio de la ira! ¡Oh qué engaño, pensar él que vence y es tenido por fuerte si a otro hiere o mata, y es él vencido o muerto! ¡Oh qué tiempo pierden los mancebos, si lo pierden! Que en la vejez no pueden pelear contra los vicios, o no tan bien. ¡Cómo se embriagan de la dulzura de este mundo! De los cuales dice la Escritura (*Is.*, 5, 22): *Vae, qui fortes estis ad bibendum vinum!* Toda la gloria y deleite de la carne es

vino; y como falta el sabor del vino espiritual, anda el alma muerta de sed y hambre, y desea beber de ese vino ponzoñoso de la carne. Que el estómago muerto de hambre comerá hojas de rábanos y cortezas de pan; y el alma que no conoce a Dios, ni Dios es su manjar, muerta de hambre, echa mano de los manjares malos de la tierra. *Babilonia tiene un vaso. y da a beber y emborracha*, dice Jeremías (51, 7). ¿Qué es *Babilonia* sino la carne que de su dulzura da de beber a los hombres?

V. 15.

Nolite diligere mundum, nec ea, quae in mundo sunt.—Es tema del bienaventurado San Juan, que tengamos mucho miramiento dónde ponemos nuestro corazón. Y así dice el Sabio (*Prov.*, 4, 23): *Omni studio custodi cor tuum, quoniam ex ipso vita procedit.* Así como la vida corporal consiste en tener el corazón vivo, porque en muriendo el corazón muere el cuerpo; así el corazón del alma es el amor; adonde no hay amor, muerta está el alma, porque en lo que consiste la vida, eso es el corazón. Decía Hugo de San Víctor: *Anima mea, vita mea amor tuus.* Dícenos el Sabio: *Con toda guarda. guarda tu corazón; tu amor,* quiere decir; y que tal recaudo pongamos en él, que le echemos llave sobre llave y guarda sobre guarda: que lo guardemos con siete guardas. Como si un hombre tuviese en un vaso un poco de bálsamo, ¿con qué cuidado guardaría el vaso, porque no se le vertiese o se le quebrase! Pues sábete que si de tu alma derramas el amor, que estás perdido y muerto; porque no tienes más vida de cuanto tienes amor. Es conclusión que todas las cosas son hechas por amor. San Dionisio dice: *Omnia quaecumque agunt, propter amorem agunt.* Todo lo que obra, lo hace por amor... ¡Qué fuerza puso Dios en el amor! Todas las cosas que hacen las criaturas racionales e irracionales, las hacen por amor. Pregúntese cada uno a sí mismo: cuando habla, ¿por qué habla, por qué come, por qué hace esto o lo otro? Por amor. Y aun cuando queréis mal, os movéis por amor de vos mismo, por sosegar y pacificar ese amor que os tenéis. El animal, ¿por qué come y bebe? Por el amor que se tiene a sí. Y cuando camina, ¿por qué aguija? Por amor que se

tiene, que no le den. ¿Y por qué, para descansar una piedra, si está en alto se baja a lo bajo? Porque tiene su amor a lugar bajo. San Agustín decía: *Amor meus, pondus meum; quocumque feror, amore feror*. Mi amor es mi peso; doquiera que voy por amor voy «Mi peso» no cosa pesada, sino la inclinación de la cosa, llama su peso. Pues éste es el amor. Del fuego, su peso es subir arriba; como en la piedra su peso le hace bajar abajo, que es aquella inclinación que tiende a bajar. Todas las criaturas se mueven y [obran] por amor.

Luego mucho va en tener cuenta con el amor, pues él es causa de todo movimiento; menester es mirar quién guía la danza, porque así andaré todo el corro.

Y por eso San Juan encomienda tanto que miremos nuestro amor dónde le ponemos; y por eso nos anunció que Dios *nos amó desde el principio*, y que fué tanto, que se hizo hombre, y que podemos *tener compañía con el Padre y con Jesucristo*, que es con la Divinidad y Humanidad de Jesucristo. Dijonos cómo *Dios era luz*, y cómo, para servirle, hemos de *andar en luz*, y cómo hemos de *guardar su palabra*. Y porque Él es los mandamientos abreviados, para tener compañía con Dios, es menester tenerlo, y amar lo que Él ama. No despreciéis el amor, pues tan gran bien os puede hacer. Y si amáis lo que Dios aborrece, ¡que Él no lo permita!, catad que hay una ponzoña, que si la coméis, moriréis. No queráis amar al mundo ni a las cosas que en el mundo son: *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo*. Si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en él. ¿No es razón que paguemos bien pagado al que tal aviso nos da? Y quizá nos encontramos con la ponzoña y no la conocemos. Si estuviese un jarrico de vidrio de agua muy clara en vuestra casa, y quien bebiese de aquella agua muriese, y vos sintieseis gran gana de beber, y no supieseis la ponzoña de aquel agua; si alguno os avisase, ¿no le deberíais mucho? Avísanos San Juan: *No queráis [amar] al mundo; si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en Él*. El Padre Eterno es nombre y palabra de consuelo. El que ama al mundo ha perdido la amistad del Padre, porque el amor del mundo echa fuera el de Dios (*Jac., 4, 4*): *Adulteri, nescitis quod amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo vo-*

luerit amicus esse hujus saeculi, inimicus Dei constituitur. Adúlteros, ¿ignoráis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Todo el que quiera ser amigo del siglo, enemigo es de Dios. ¿Por qué los llama Santiago adúlteros? Porque el mismo amor al mundo es adulterio; porque ponéis el amor de Cristo en el mundo, y por el mismo hecho, estáis constituídos enemigos de Dios. Y porque el Señor sabía que esto lo habían de oír muchas orejas y pocos corazones, lo dijo tantas veces. Dijo el Señor a sus discípulos el Jueves de la Cena (*Jn.*, 15, 18): *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus.* Si el mundo os odia, recordad que a mí me odió primero. Si del mundo fuérais, amaría el mundo lo suyo; mas como no sois del mundo, sino que yo os saqué del mundo, por eso mismo os aborrece el mundo. *Porque no sois del mundo, como cosa extraña os aborrecerán.* Nuestro Señor y sus discípulos *no eran del mundo*; y en aquella oración que escribe San Juan que hizo a su Padre, tan solemnísimamente, dijo (*Jn.*, 17, 9): *Ego pro eis rogo; non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi; quia tui sunt. Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt, et clarificatus sum in eis.* Yo ruego por ellos; no por el mundo, sino por los que me has dado; porque son tuyos. Y todo lo mío tuyo es, y lo tuyo, mío, y soy glorificado en ellos. Y por el mismo San Juan (14, 16) dice: *Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere, quia non vidit eum, nec scit eum; vos autem cognoscetis eum, quia apud vos manebit.* Rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, que permanecerá siempre con vosotros; Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir; porque ni lo vió, ni le conoce; pero vosotros sí le conoceréis, porque estará con vosotros. *No puede el mundo recibir el Espíritu Santo, porque Dios y el mundo son enemigos capitales.* Tan largamente se ha probado esto, tantas veces nos lo ha dicho Dios que plegue a Dios que sea de los hombres creído, y no sirva solamente de acusador en el Juicio. ¿En qué copa está aquesta agua? Y si la bebo, moriré. ¿No será razón te prevengas con conocer esta ponzoña?

—¿Cómo decís que el mundo es esta ponzoña, y

que no amemos al mundo, ni las cosas que están en el mundo? ¿No lo crió Dios? ¿no crió la tierra, el agua? ¿no hizo los árboles y animales? ¿no hizo el sol y la luna, y dice en el Génesis (1, 31): *Vidit cuncta quae fecerat, et erant valde bona?* Y el cielo, y tierra, y hombres, ¿son malos? No. Pues ¿qué es esto que dice San Juan que no amemos el mundo ni las cosas que están en él y que nos diga Dios: «Si este mundo amáis. mi amor habéis perdido»? ¿Cómo es esto? Pues quien a Dios ama, todas sus cosas ama, hasta un gatillo y perrillo, porque Él lo crió. Porque acá decís: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can.» Pues si Dios crió el mundo, ¿por qué no lo tengo de amar, por ser cosa de Dios? ¿Por qué tan grande entredicho en amar lo que Dios hizo, pues si bien queréis a una persona, aun la ropa que se viste queréis bien, y una prenda suya, por ser suya, la queréis bien? Los teólogos preguntan si la caridad se extiende a amar las cosas irracionales y sin sentido: parece que sí. Si bien queremos a uno, cualquiera cosa suya queremos bien. Si amo a Dios, amo sus cosas con el mismo amor.

Lo irracional no se ama *con el mismo amor* que se ama a Dios y las criaturas que son capaces de Dios. El amor de la caridad no se extiende sino a los seres que son capaces de gozar de Dios. De aquí se saca que de las criaturas racionales tan solamente los demonios y dañados no se han de amar con este amor; pero que todos los ángeles y santos y hombres, fieles e infieles se han de amar con tal amor. Los infieles porque están en potencia de ser fieles; los malos cristianos que están en pecado mortal, porque pueden salir de él y venir a estado de gracia. Unos gozan de gracia, como son bienaventurados y buenos cristianos; y otros pueden gozar, como infieles y malos cristianos; sólo los demonios y condenados salen de esta compañía.

Las criaturas irracionales no son capaces de ser amadas con este amor de caridad; mas tales cosas, como son los cielos, agua y tierra, animales y árboles, secundariamente se pueden amar, no por ellos, sino porque resplandece en ellos la gloria de Dios, que está en ellos; y así decís: «Bendito sea Dios, que crió tal árbol.» Y de quien bien queréis, aun la ropa que trae vestida le amáis, según que le es provechosa a aquel que bien queréis. Con amor de caridad amáis

al prójimo para que goce de Dios; y amáis la hacienda en cuanto aprovecha para servir a Dios. No se ama la piedra para bien de la piedra, ni el sol para bien del sol, sino para gloria de Dios. «¡Bendito sea Dios que les crió!» De manera que si el amor que tengo a la criatura, racional o irracional, es amor de Dios en ella, más que de la criatura, ese es honrosísimo amor. Ya se han visto personas tan enamoradas de Dios, que por su amor abrazaban las piedras y los árboles y hierbas, porque las crió Dios. Mientras más quieren a Dios, más quieren lo que Él crió. No se llama eso amar las criaturas por sí, sino un retorno, unos rayos, reflejos que salen del amor de Dios.

—Decid: si es bueno el amor del mundo y de las criaturas, ¿por qué lo condena tanto San Juan?

El mundo unas veces se toma en la Escritura Sagrada por esto que Dios crió; y de esta manera decía San Juan (1, 10): *Mundus per ipsum factus est*; que es el sol y el cielo y la tierra y animales. Y quien está debajo del sol y anda en la tierra, está en *el mundo*. Y según esto, las monjas y frailes y clérigos y beatas están en *el mundo*, porque viven en *el mundo*; y en los monasterios tierra y aire y piedras hay. Y este mundo, de que hemos dicho, no es malo, del cual no dijo San Juan, como vimos, que no podía recibir el Espíritu Santo, sino hablaba de un mundo que [no] es capaz de recibir a Dios. Quiere decir, que hay hombres que no pueden recibir el Espíritu Santo; y así dijo el Señor a sus discípulos (*Jn.*, 17, 14, 16): *Vosotros no sois del mundo, como Yo no soy del mundo*. —¿Cómo, Señor? ¡Vos y vuestros discípulos no estáis en el mundo? —Sí: no quiero decir eso.

Ahí está el punto y ahí ha de haber el aviso para guardarnos. Hágoos saber que este *mundo*, que nuestro Señor dice, ni se ve con los ojos, ni se toca con las manos, ni se huele con las narices; no es cosa visible, ni se oye con las orejas; en conclusión, no se puede entender ni saber con sentidos corporales.

—Pues ¿qué es ese mundo? ¿es aire? No debe ser nada.

—Ese es su nombre, que quien no tiene el Espíritu de Dios, es aire y en nada se vuelve. ¿Sabéis qué es este *mundo*? Un desorden en el amor. Amar al mundo y a sus cosas *por ellos mismos*. Que si vos ama-

seis a este mundo, que es lo que Dios crió, como quiere Dios que se ame, en Él y por Él, no hacéis mal.

—¿Pues qué no tengo de amar del mundo? ¿Y cómo tengo de haberme con él?

—Declárelo San Juan, porque tenga más autoridad: *No queráis [amar] al mundo ni a las cosas que en el mundo son; porque si alguno ama al mundo, el amistad del Padre no está con él.*

V. 16.

Quoniam omne, quod est in mundo concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae. Porque todas las cosas que están en el mundo son concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Este es el mundo malo: he aquí el agua de solimán; helo aquí el vaso de la ponzoña: *Concupiscentia de la carne, y codicia de los ojos, y soberbia de la vida.* Ved aquí el peligro de que os habéis de santiguar.

—Todo esto yo lo tengo en mí.

—Pues ése es el mundo malo, que dentro de vos está. Pues qué, ¿pensabais que eran las paredes? Quien tiene estas tres condiciones o alguna de ellas, este tal está en el mundo, aunque sea monja encerrada o fraile cartujo. Todos los cristianos habían de estar fuera de este mal mundo. El que no tuviera alguna de estas dolencias, sepa que éste no está en el mundo, aunque sea seglar; y la monja o fraile, clérigo o beata, que tuviere algo de esto, a boca llena le digo que está metido en el mundo. En el tiempo de San Pablo, decía él mismo de los cristianos que estaban puestos por espectáculos de todos (1 Cor., 4, 9): *Spectaculum facti sumus...* Echannos a las bestias, trátannos mal, somos hechos terreros del mundo y de los hombres: Dios nos mira de arriba y sus ángeles.

—Parece, San Pablo, que decís palabras ociosas. ¿Mundo y hombres no es todo uno?

—Dice San Ambrosio, que llama San Pablo a los infieles mundo, y a los cristianos hombres. Ahora, como hay en la cristiandad tantos malos cristianos, llámense los malos mundo; los que viven en los monasterios y los de la iglesia no habían de estar ni vivir en este mundo; si viven en este mundo o no,

allá se verá. Este es el mundo malo, enemigo de Dios. estas tres codicias. Guardaos de una cosa que tenéis dentro de vos; no me dicen: «Guardaos de la mujer, guardaos de la hacienda». sino: «Guardaos de vos mismo.» Codicia de la carne, y codicia de los ojos, y soberbia de la vida, en vos mismo está; y por eso de vos mismo os habéis de guardar. Todo el mal y todos los pecados que un hombre puede hacer, dentro de sí están: *Sanguisugae duae sunt filiae*. Dos hijas tiene la sanguijuela. ¿Qué es *codicia de carne*? De ahí el mal; porque sabemos no se usa otra cosa, sino buscar los hombres descanso, y huir trabajo. Esto es lo que trae el mundo en peso: procurar descansar, y huir de trabajar. De aquí es el procurar las camas blandas, las vestiduras delicadas, el comer espléndidamente; todo el negocio va a parar en dar contentamiento al cuerpo, tomar placer y huir trabajos.

¿Qué es *codicia de los ojos*? ¿Los ojos no son carne? —Sí. —¿Pues para qué será menester decir *codicia de los ojos*, pues se entiende en *codicia de la carne*?

Verdad es; mas porque hay mirar que no para en el mirar, sino tira a otra cosa que tiene por fin, dijo *codicia de los ojos* distinto de la *codicia de la carne*. Porque el que se deleita en el mirar, y allí para, en deleitar los ojos o la carne, *codicia de carne* tiene; mas porque hay mirar que toma deleite en otra cosa más que en mirar, por esto dijo *codicia de ojos*. Mira un mozo liviano una mujer hermosa, ídolo de mozos (¡qué baratos se venden los mozos al diablo por un mirar codiciando!); ¿deléitase en mirar? *Codicia de carne*. ¿Tiene un hombre muchos dineros, y no en oro ni en plata, sino en chanflones (2) negros, y deléitase en mirarlos, no por hermosos, pues son feos, sino por el fin, que son muchos dineros y valen mucho, y finalmente, huélgase mucho con *codicia de tener bienes del siglo*? Este no se llama deleite de la carne, sino *codicia de dineros*, que es distinta de la carne y del mirar que es *codicia de la carne*. «No me deleite del mirar los dineros, porque son dineros, sino porque son mícs.» Vais a las viñas o a vuestras piezas y holgáisos de mirar aquellos sarmientos secos y aquellos terrones. ¿Por qué os holgáis? Porque son vues-

(2) *Chanflones*: moneda antigua de dos cuartos.

tras las viñas. Esa es codicia de los ojos, que se reduce *ad bonum utile*, que se ama por otra cosa. El deleite ámase por sí mismo; porque deleite y bien honesto ámase por sí. El dinero y la hacienda ¿por qué lo amáis? Dicen los teólogos que *appetit propter aliud*. *Concupiscencia de los ojos* es codiciar bienes provechosos; y porque se suele mirar con gran deleite, llamó San Juan codicia de ojos: bien pudiera decir codicia de acá dentro, de hacienda, codicia de provecho.

¿Y *soberbia de vida*, fausto de vida, qué es? ¡Aun si no lo supieseis qué es fausto de vida! Las amas que os acompañan, los trajes de vestidos, y las invenciones demasiadas, las muchas camas de arreo, los tapices, los muchos mozos y caballos, deseos de valer y mandar, soberbia de vida es.

He aquí los siete pecados mortales. Haced dos cabezas; que las sanguijuelas tienen dos hijas, que dicen: ¡*Daca, daca!* Dice San Pablo (2 *Tim.*, 3, 1): *In novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines seipsos amantes* (dice la Glosa interlinear: *Raíz de todos los males*) *cupidi, elati, superbi, blasphemí, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes*. En los últimos días vendrán tiempos peligrosos, porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes. Pero puso la raíz, *amadores de sí mismos*: El hombre hace de amar a sí, porque es cosa de Dios: si come, porque quiere Dios que viva; y si anda vestido así, porque quiere Dios que ande así. ¿Por qué come una madre que quiere criar a su hijo? Pues come buena comida, por tener buena leche. Así el buen cristiano todo lo que hiciere, hágalo por Dios. Las dos hijas que dicen de la sanguijuela, llamadas: *Affer, affer!*, son *soberbia de vida*, y *soberbia de carne*: como ser estimado entre las gentes, ser en el primer lugar, y descansar. «Honra y descanso»; a esto se reduce. Huir de ser deshonrados y huir de trabajos constituye soberbia. Envidia: de ella dice San Gregorio: «Ahoga a la madre y morirle ha la hija.» Acuérdate de Jesucristo, y dile: «Señor, pues Vos fuisteis deshonrado, no se me dé nada de serlo yo; Vos tuvisteis trabajos, vengan a mí en hora buena.» En estas dos condiciones del

mundo nacen todos los siete pecados mortales. Porque de la codicia de la carne sale la lujuria, gula y pereza, que son tres pecados mortales. La ira nace de cualquiera hija de éstas, o de soberbia de vida: porque me quitan la honra o porque me tocan en la carne, por eso me enoja. La avaricia es como el mercurio, porque toma la virtud de la planta con quien se junta; los dineros o hacienda, o son para soberbia de vida o para regalos de carne. He aquí todos los siete pecados mortales encerrados en *soberbia de vida y regalos de carne*.

Quien esto ama, no es de Dios; el que fuere de Dios ha de estar fuera de esto. En lugar de soberbia de vida ha de tener humildad.

—No quiero ser estimado en el mundo sino porque soy Corregidor. Es menester tener honra por el oficio que tengo, y no porque yo la quiero; porque si me abatiese, no me tendrían en nada y sería la justicia menospreciada.

—Decidme: si en una comida como tres gallinas, habiéndolas menester para servir a Dios y no por mí, que verdaderamente si me pudiese pasar sin comer, no comería, ¿es esto comer demasiado? Dice San Agustín: «Si en comer manjares más viles estuviese el abstinencia, manjar más vil comen las bestias que los hombres, y más abstinentes serían. Más abstinencia hace el que come gallinas por Dios, que el que ayuna a pan y agua por su voluntad; porque lo que coméis es haberlo menester para vuestra vida.

Dice el padre: «Si yo mando a mis hijos que me honren, no es por mí, que yo deseo no tengo de ser honrado; y pluguiese a Dios permitir, pues yo he sido mal hijo para con Él, que fuese yo deshonorado y maltratado. No quiero, pues, ser honrado, sino por provecho de mis hijos, que verdaderamente yo no amo la honra.»

¿Por qué coméis? «Porque Dios me manda que coma; que si Él no me lo mandase, no comería.» Eso no es gula. ¿Por qué os vestís ricamente? «Porque quiere mi marido, por le contentar.» Bueno es eso; no se ofende Dios. ¿Por qué os vestís con traje talar? «Porque soy sacerdote y por honra del sacerdocio, y porque mandan los Cánones que ande así vestido; que si no fuese esto, de sayal andaría vestido.» Mirad el fin por que se hace; que conforme a él será la obra. Si me caso y busco sucesión para servir a

Dios, y visto, y como, y descanso para el mismo servicio de Dios, no es cosa de mi voluntad, sino de la santa voluntad de Dios; y no merece nombre de cosa del mundo. sino de cumplimiento de la voluntad de Dios. A los malos, si les preguntáis por qué os vestís, por qué coméis, dirán: «Por parecer bien y por mi apetito.» Y por eso comen demasiado, porque su intento no es Dios, sino codicia de carne. ¿Qué ha de salir de ese mundo? Infierno.

—Dura cosa es eso que nos decís.

—Pues más duras son las penas del infierno, y por no las pagar, sufrid acá esta purga; que, aunque parece muy amarga y recia, cura.

Todo lo que hay en el mundo es codicia de carne, y codicia de ojos, y soberbia de vida, o fausto de vida. lo cual, no se compadece con Dios. Luego con mucha razón el verdadero cristiano ha de ser enemigo de estas tres cosas, por las cuales es entendido el mundo; y quienquiera que le amare, no está la caridad del Padre en él. Estas son las tres lanzas (2 Reg., 18, 14) con que el capitán Joab mató a Absalón, que perseguía a su padre David. Que como fuese un día huyendo del dicho capitán Joab, revolviéronsele los cabellos a una encina, y allí lo atravesó su enemigo. El que anda en desobediencia de Dios, tiene los cabellos largos, que son los deseos, los cuales se le revuelven a encina, que es árbol que da manjar para puercos; y, revueltos los deseos en cosas sucias, que son el manjar de puercos, llega el mundo con estas tres lanzas. y mátaló: *codicia de carne, codicia de ojos, soberbia de vida.* Lo contrario a esto es deseo de trabajos, pobreza y humildad. Decía San Pablo (Gal., 6, 14): *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi; per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Lejos de mí gloriarme, sino en la cruz de Cristo, por quien para mí crucificado está el mundo, y yo para él. He aquí la muerte del mundo. ¿Cuál será vivo al mundo? Aquel en quien viven estas tres cosas o alguna de ellas. Cuando San Pablo decía aquello no tenía que ver en él codicia de carne, ni de hacienda, ni fausto de vida, el cual decía (Colos., 3, 3): *Vos mortui estis.* Estáis muertos.

Entendamos en esta verdad, en dar alguna doctrina para nuestro provecho acerca del engaño que tienen algunas personas, diciendo que pueden tener algunos regalos y alguna codicia y honra. No niego, sino que

algunas veces es menester que los hombres procuren esto; mas hase de mirar el cómo y el fin.

El Padre bien puede procurar ser honrado de sus hijos, porque sus hijos no sean mal criados y no pierdan la reverencia que le deben por ser padre; y lo mismo el juez, si lo hace, por tener autoridad, y que la justicia no sea menospreciada, sino tenida en más. Y en tal caso es bien que lo procuren ellos. Y así no toda manera de honra, ni de codicia, ni de regalo de la carne es mala; que si un hombre para la conservación de su vida ha menester comer buenos manjares, muy justo es que los coma. Mas mirad que ha de ser por aquel fin y no por gula; que si los coméis por gula, aunque los hayáis menester, ya es pecado. Si vos tenéis el corazón tan desasido de la gula y tan limpio de la honra, que no la queréis, ni os holgáis con ella por vos, antes la aborrecéis, y si la tomáis es por el bien de vuestros hijos, porque no sean mal criados; bien la podéis tomar, que ésa no es honra, sino caridad; pues por ella la tomáis y decís dentro de vos: «Por lo que toca a mí, pluguiese a Dios que ellos fuesen verdugos de mí, porque desobedecí a mi Dios.» Pesarnos ha con la honra en lo que nos toca, y holgarnos por el provecho de los prójimos que de ella les viene. Lo mismo ha de ser en la carne. Ha de tener el cristiano tan quitado de sí tomar descanso en lo que toca a él, que no haya cosa que de más mala gana tome; y tanto, que si Dios le dejase en su mano, él no tomaría nada. Estáis malo: ¿por qué os curáis? «Porque me parece que ofenderé a Dios si no me curo.» A eso obediencia de Dios lo llamo yo, que no regalo de carne. ¿Por qué coméis? «Porque quiere Dios que coma y que me vista.» Llamadle obediencia de Dios. Tal nombre tiene el arte, cual es el fin porque se hace. Si tenéis el corazón limpio y sin afecto de carne, que no lo tomaríais aquello si Dios no lo ordenase y quisiera, no se llama eso acto de carne, sino acto de obediencia.

Por el contrario, tema el hombre que hace una buena obra porque le honren; que da limosna porque le tengan por bueno, y ayuna por lo mismo. ¿Llamarse ha esto ayuno? No.

Catad que no comió más de una vez. ¿Qué le falta para ayuno?

—Lo más; el cuerpo tiene de ayuno, y llamas de vanagloria. Dijo Aristóteles: «Quien hurta para adul-

terar, más es adúltero que ladrón.» Y como es en lo malo, es en lo bueno. ¿Yo codicio hacienda, y la busco para mantener a mis hijos, y los caso para que sirvan a Dios? Esa no es codicia, sino obediencia de Dios. Dadme que el intento de granjear y negociar sea limpio; que el ir a ferias con este intento llamadle ir a iglesias. Mirad el fin con que negociáis, con que caminaís, si es mundo o si es contrario a mundo.

Ahora estamos en el golfo mayor de la mar, donde se anegan por engaño los hombres, o se libran por verdadero conocimiento; y quien aquí acertare, bienaventurado es en la tierra. Ved aquí la cobertura con que muchos cubren sus males. En las cosas claramente malas y que son de sí malas, cada uno se condena a sí mismo; mas hay cosas que pensáis que son buenas, y delante del juicio de Dios no lo son. Dadme una mujer que tiene muchos vestidos, demasiados, que solamente los trae por vanidad; ésta no es menester libro que la condene, que la sogá lleva arrastrando. San Gregorio dice: «Ninguno busca vestiduras preciosas si no es por gloria vana.» Tiene un hombre muchos mozos, una mujer trae muchas amas. ¿Por qué las traéis? —Porque me honren. —Claro está que eso, es malo, que es mundo. —No lo hago por ese intento. —Pues ¿por qué lo hacéis? —Porque conviene a mi estado; soy justicia y es menester que me teman. —Bien está eso. Mas el engaño que ahí puede haber es por pareceros que es por ese fin, y ser de mundo.

Y ya que no lo sea de mundo en sí, tomáis más de lo que es menester para el fin, y excedéis en los medios; que aunque el fin sea bueno, podéis errar en los medios. «¿No es bueno el que está enfermo desear la salud?» Sí; mas tanta cañafistola podéis tomar, o ruibarbo, que os muráis; que aunque tengáis deseo de sanar, si el medio es desordenado, podéis morir. ¿Para qué tomáis ese regalo? «Para conservar mi vida.» Mirad, no os engañéis. Aquí *pendent leges et prophetæ* (Mt., 22, 40) en saber tomar un buen medio para este buen fin. ¿Para qué tanto vestido, tantas galas? «Para mi estado, por no escandalizar, si me abajase de él.» Los hombres de ahora cincuenta años, hombres eran como vos, y no sé si diga mejores; y eran casados como vos, y había condes, y caballeros, y jueces, y tenían estados. Pues ¿cómo se pa-

saban con tan pocos vestidos y trajes? Dice Santo Tomás que estado es una manera de vivir que tiene obligación perpetua de vivir así en ella. Si esas demasias en los trajes fuesen necesarias al estado, callaría. Mas no lo son; que con lo que gastáis vós un día en ropas, gastaban en un año en otro tiempo. Lo mismo digo de los señores; y en aquel tiempo condes había y duques, y no gastaban en dos años lo que ahora se gasta en vanidades en un día. Si llamáis estado el uso: «Hago esto porque se usa», que es la mayor cobertura que tenéis, no es palabra esa de cristianos. Mas dado caso que lo digáis, si cuando Dios os tomare cuenta por qué gastasteis tantos dineros en vanidades, padeciendo los pobres tantas necesidades, ¿se os admitirá en el juicio ese descargo? ¡Señor, usábase, y todos hacían así! En cosa que es mala, alegar el uso, mala excusa es; para quien se ha de nivelar por palabra de Dios, muy mal descargo le será el uso. ¿Cómo? ¿y el mandamiento de Dios, que es recto, hase de nivelar por uso de hombres torcidos? Si fuera ley humana, sufriérase pasar por el uso, si se usara en contrario de ello. Si se usase de no guardar el día de San Lorenzo, o de no ayunar las cuatro Témporas, el uso quitaría el pecado al que no ayunó; porque es de derecho humano, el cual el grande uso quita. Mas en lo que toca al derecho divino o natural, dice el capítulo final de *consuetudine*, que tanto los pecados son más graves, cuanto *diutius infelicem animam detinent alligatam*. Mientras más vieja es la enfermedad, más mala es, más incurable. Y por eso el uso contra palabra de Dios peor es cuanto más usado. Por cierto que andaría buena la escuela de Dios que se rigiese por el uso de los malos discípulos. Y que se tuerza la regla con lo torcido que se ha de reglar no es bueno, sino que lo torcido se enderece con la regla. Que así lo dijo Él (*Mt.*, 23, 8): *No queráis a nadie llamar sobre la tierra maestro, que uno es [el] vuestro, que es Jesucristo*, y no hay más de Él; que los maestros de por acá son debajo de Él para enseñar lo que este Maestro enseña (como, en una palabra (3) hay un maestro que da orden, y debajo de éste están los oficiales menores), no maestros por sí, sino para explicar lo que este verdadero Maestro les mostró.

(3) *Palabra*: debe decir *obra* o cosa semejante.

Si el uso, pues. no puede prescribir contra lo que Dios mandó, ¿recibiros ha Dios esta excusa: Usase? Una cosa me espanta, ver a los hombres tan torpes en esto, y por otra parte tan delgados, que partirán un cabello. Ellos mismos se dejan engañar. Tiene un señor una bula para comer carne la Cuaresma y los días de pescado con necesidad; tiene aquel señor un médico que por dineros bailará; y como el médico está acostumbrado a contentar a su señor, con la menor cosita del mundo le dice que bien puede comer carne, y verdaderamente le parece a él que acierta. Tiene un señor un letrado o confesor y dícele: «Querría hacer esto, mas con buena conciencia.» Viene el letrado y revuelve leyes y libros, y viene a hallar que se puede hacer con buena conciencia lo que el señor quiere. ¿Quién le engaña a este letrado? La voluntad que tiene de contentar a su señor. Y por eso ni los aficionados, ni los que tienen pasión, son buenos para jueces; que muchas veces dice el entendimiento que es verdad lo que no es, porque la voluntad lo quiere.

¿Por qué coméis tanto? «Helo menester.» Miradlo bien.

¿Por qué demandáis tantas reverencias a vuestros criados? Mirad que quizá podéis pasar sin ellas y alcanzar el fin que deseáis con menos medios. Porque como tienen el deseo de ser estimados o regalones, hácese entender que lo han menester para su vivir; y que aquella honra que buscan, que la han menester para su estado; pero todo ello no es sino el negro deseo que tienen de contentar y ser estimados. Entonces seréis buen juez de vos mismo, cuando acá de dentro no tenéis deseo de aquello que habéis de juzgar.

Excusáis vuestras vanidades con el «se usa»; lo cual bastaría para ser avergonzado todo hombre que se fundase en eso. ¿Paréceos que estáis bien excusada con el uso del traje que inventó una mala mujer por contentar a su amigo? Que lo más probable es ser así, que de allí haya traído origen y que el aprobar de vuestra obra sea el pecado de la otra. ¿Queréis tomar por excusa de vuestro yerro el pecado mortal que la otra hizo? ¿En la escuela de Dios y en su casa los locos han de poner reglas? Si me dijérades que lo había usado San Pedro o San Pablo, tomáralo por excusa; o si me dijérades: «Esto

usó San Luis, Rey de Francia, conformárame con ello.» Lo que los tales usaron a ojos cerrados lo podéis usar. Mas que lo inventado por el diablo lo haya de aprobar Dios, eso es imposible. ¿Y hay hombres que con esta necedad están asegurados?

¿De dónde pensáis que está el mundo perdido, sino por este fausto de la vida, y por esta soberbia y vanidad? De aquí viene que ni podéis manteneros, ni podéis casar vuestros hijos; una hija se os pierde, otra metéis por fuerza en un monasterio; metéisla en cárcel. Y de aquí viene que como el hijo ve que el padre no le puede ayudar, se va por ahí perdido. Otros por no atreverse a mantener estas locuras no se osan casar; otros por cumplirlas hacen mil pecados mortales. De aquí resulta que falta siempre para rescatar cautivos; muchos, por no ser rescatados, reniegan la fe. Empleáis lo que en esto falta en esto otro. ¿Por qué tanto para gastar en el mundo? Porque pide una mujer un vestido y otro, y por tener el marido paz con ella, dáselo; mas para cumplir aquéllo ha de engañar a otro, o ha de hacer algún pecado mortal; éstos son los efectos que hace la soberbia de vida. Quitad lo que tenéis demasiado para vivir y vivid con razón.

Curam carnis ne feceritis in desideriiis (Rom., 13, 14). No escuchéis los deseos de la carne. ¿Para qué tanto colchón en la cama? ¿No os podéis pasar sin tanto colchón? ¿No podéis pasar sin comer tanto? Descanso de carne y soberbia de vida.

Pues ¿qué dirán de mí, si no traigo tantas amas, y tengo tantas sayas? En verdad que muchos dirán muy bien. ¿Y qué palabra de cristiano es: Qué dirán de mí? *Curam habe de bono nomine* (Eccl., 41, 15). Ten cuidado de tener buena fama; de no hacer cosas que por ellas os tengan por malo; para que así como de ver un árbol hermoso y con fruta alaban a Dios que lo crió, así digan: Bendito sea Dios, que tan virtuoso te hizo. El pecar deshonra a los hombres, que no el traerse llanamente y dejar las vanidades. *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est* (Mt., 5, 16). De tal modo brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. No nos encomienda aquí Jesucristo la buena fama por los atavíos, sino por las virtudes, por las

cuales es glorificado Dios en vos. *Gloria del Padre* es la bondad del hijo, y gloria de Dios es la bondad en el cristiano. Procura de ser bueno, siquiera porque no pierda Dios esta honra.

Dice San Crisóstomo sobre esto: «En el servir a Dios no habéis de tener tanto cuidado para que otros alaben a Dios por vos, como vos particularmente de servirle; que la misma buena obra dará luz, aunque no queráis.» Poned aquí una hacha encendida; que, aunque vos no queráis, no deja de alumbrar. Sed vos bueno, sin mirar que os tengan por tal, que la virtud dará lumbre. No siendo la cosa que hacéis mala, ¿qué dirán? «Fulana es mujer cuerda, que puede traer muchas galas y muchas amas, y se pasa sin ellas.» «Fulano puede traer muchos criados, y se pasa con pocos; de bueno lo hace.»

—Decidme han de mezquino.

—Gastad vos lo que gastabais en vanidades en servicio de Dios, y no os dirán mezquino. Sed liberal en dar limosnas, en casar huérfanas, en rescatar cautivos; vean que lo que gastabais en vanidades lo conmutáis en servicio de Dios, y verán que no es mezquinidad, sino verdadera largueza.

—Tenerme han en poco; que está el mundo tal, que tiene a los virtuosos en poco.

—Sufridlo por amor de Cristo; que a Él lo tuvieron en menos de lo que a vos os pudieren tener. Cuanto más, que si algunos os tuvieron en poco, otros dirán bien. Porque también murmuran de los que andan locamente vestidos; y si murmurasen de vos, serán los malos, que a ellos les parece mal eso. Que a los buenos y a Dios bien les parece; las locuras parecen mal a Dios y a los cuerdos. Sí, que más son de vuestra parte que de la de los locos. Si fuereis cuerdo, dirá mal de vos un loco y un necio; pero bien Dios, y el cuerdo y el sabio. De esta mala vanidad que en los hombres hay, se hacen mil pecados mortales. No lo tengáis en poco; que esta es la causa de muchos pecados, unos clara y otros solapadamente. De aquí viene, que por lo mucho que se gasta en este fausto, no hay para casar la hija, y hácese mala mujer.

—Padre, ¿es pecado mortal tener tanto fausto?

—Si no es pecado mortal, de lance en lance se viene a hacer un pecado mortal y muchos. De aquí viene, que se verifican contratos malos por salir con esta vanidad; que, aunque ella en sí no es pecado mortal,

mas por sustentarla, se cometen muchos. Muy bien lo dijo Isaías (5, 18) con grande amenaza: *Vae, qui trahitis iniquitatem in vinculis vanitatis!* ¿Púdose decir más claro debajo de *vae*: ¡Ay de vosotros que traéis la maldad en las cuerdas de la vanidad!? Esas cuerdas son de vanidad, y si ello en sí no es pecado grave. mirad que lo que arrastra son pecados mortales. Si os guardarais de la cuerda de la vanidad, no arrastraríais la maldad.

Todavía decís: ¿Qué van en eso?

¿Nunca oísteis decir: «Sentáronse fulano y zutano a jugar un real y viniéronse a matar»? Andad, que jugar un real no es pecado mortal, pero sí es gravísimo pecado mortal matarse. Irse un mozo a pasear por las calles no es pecado mortal; mas ¿qué se sigue de ahí? Que vea lo vedado y lo codicie y cometa un pecado mortal.

Ya que esas ocasiones y vanidades no sean pecados mortales, ¿no veis que son graves pecados veniales? No sembréis árbol en vuestra casa que, creciendo poco a poco, venga por tiempo a dar fruto de que muráis. No busquéis honra, antes la cortad; y si Dios os la da. no se os pegue el corazón a ella. Hombre hay casado que dice: «Así Dios me ayude, que cuando me honran o estiman, me pesa.»

Aquel casto José, cuando su ama lo requirió de amores (o de dolores), respondióle (*Gen.*, 39, 8): *Toda su casa y hacienda me ha puesto mi señor en la mano; mas no le haré yo esa afrenta tan grande, que le tome su mujer.* Todo cuanto quisierais os tiene Dios puesto en vuestras manos; su casa y hacienda, este mundo y lo que está en él. Mas la mujer, que es la honra, ¡no se la toméis! Y cuando quiso Lucifer alzarse a Dios con esta mujer, mirad en qué paró. Cantaron los ángeles (*Lc.*, 2, 14): *Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus!* ¿Quieres tú quitar la gloria que a Dios se debe? Quien hurta lo que no es suyo, pierde lo que es suyo; quitante a ti la paz y la gloria. Quien quiere honra, que pierda la honra y el provecho. Nuestro Señor dijo a los fariseos que le llamaban samaritano, que quiere decir hereje y endemoniado (*Jn.*, 8, 50): *Ego gloriam meam non quaero.* «No busco mi honra.» Pues si vos, Señor, no buscáis la honra, en cuya comparación los ángeles y arcángeles son gusanos, ¿por qué andan tras ella los hombres? El mismo San Juan dice (*Jn.*, 7, 18): *Qui a semetipso loquitur, gloriam*

propriam quaerit; qui autem quaerit gloriam ejus qui misit eum, hic verax est, et injustitia in illo non est. Por hablar de sí, busca su gloria: mas quien busca la gloria del que le envió, es veraz y no injusto. Cuantas veces decís: «Hago esto por mi honra», la quitáis a Dios. Si la tomareis ha de ser por honra de Dios y provecho de los prójimos. Sí, que bien [se] sabía algunas veces San Pablo alabar, cuando dijo que *fué llevado hasta el tercer cielo y que habia visto secretos de Dios* (2 Cor., 12, 4). Y otra vez dijo que *había trabajado más que todos los Apóstoles* (1 Cor., 15, 10). Pero no buscaba en esto su honra, sino habíalo menester la flaqueza de los cristianos que entonces eran; y por eso no es aquello honra, sino servicio de Dios. El fausto de vuestra vida ha de ser tal, que sea para honra de Dios y provecho de los prójimos; que de otra manera, grave ofensa hacéis a Dios, que le quitáis a su mujer. Para esto no pueden dar licencia ángeles ni hombres, sin grave pecado.

Quae non est ex patre, sed ex mundo est.—No es del Padre ninguna de las concupiscencias de que ha hablado; no nace del Padre, sino del diablo, cuyo es hijo aquel que ama alguna cosa de aquellas que están en el mundo. Son propios términos de este Evangelista estos ablativos: *Ex Patre, ex Deo, et nobis, ex mundo.* Y quiere decir: «No es el tal del bando del Padre, sino del mundo.» De manera que todas las veces que oyereis decir *codicia de carne, codicia de ojos y soberbia de vida*, sentenciadlo por *del mundo, no del Padre*; porque el espíritu de Dios induce, al contrario, a humildad, a mortificación de carne y a huir la avaricia y codicia de los bienes temporales. Dios y mundo, bandos son contrarios.

V. 17.

Et mundus transit et concupiscentia ejus. Parecióle a nuestro Señor, por San Juan, que con decirles a los hombres que no amasen el mundo ni las cosas que están en él, porque perderían la amistad del Padre, no habían de dejarlo por amar, y habían de decir: «Bien veo que es malo amar al mundo; mas sábeme bien *codicia de carne*; háceme buen gusto *codicia de dineros*; dame contento ser estimado y tenido en mucho; soy aficionado a *honra*, y no vale uno más de

lo que se tiene.» *Quien esto ama, no es del Padre.* Bastaba esta palabra para un cristiano, para no querer al mundo, aunque no le pusieran, por contrapeso de perder tal amistad, las penas del infierno; mas porque sabía Dios que había corazones que no se habían de mover con aquello, pasa adelante, y dice: ¿Sabéis qué mal tiene el mundo para que lo aborrezcáis? *Et mundus transit et concupiscentia ejus.* Porque pasa el mundo y su concupiscentia. No pongáis vuestro corazón en el mundo, que se pasa. *Mundo*, se toma aquí, por este mundo visible; no pongáis vuestro amor en las paredes, que se han de caer. ¡Qué bueno es esto para los que tienen puesto su amor en las cosas curiosas! San Juan (*Apoc.*, 21, 5) escribe que oyó decir al Cordero: *Ecce nova facio omnia.* Que vió *el cielo nuevo y tierra nueva.* David dice (*Ps.*, 101, 27): *Ipsi peribunt, tu autem permanes; et omnes sicut vestimentum veterascent.* Perecerán ellos, mas tú permaneces; y todos como vestimentos envejecerán. He aquí lo que dijo San Juan, que vió *el cielo nuevo y la tierra nueva*; entiéndese, que después del juicio, queda cielo y tierra y aire todo purificado. Y esto apunta San Pablo (*Rom.*, 8, 22): *Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc: non solum autem illa, sed et nos ipsi, primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei exspectantes, redemptionem corporis nostri: ipsi enim salvi facti sumus.* Somos comendadores de espera. Cuando el rey casa un hijo, da a sus esclavos librea. Así *toda criatura gime* y está esperando esta renovación. Andan todas las cosas como de parto; la tierra anda ya cansada de dar fruto y producir plantas. El sol y el aire tienen en deseo de estar renovados. *No solamente estas criaturas, mas también nosotros gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo.* Atrás dice San Pablo en el mismo capítulo: *Nam expectatio creaturae revelationem filiorum Dei exspectat.* Mejorando Dios a sus hijos, dará librea a sus siervos. El cielo no ande, mas descanse; a la tierra, agua y aire, quítense las impuridades; esté la tierra luciente; no dé más fruto, porque no tendrán los hijos de Dios necesidad de comer. Por honra de los hijos mejorará los criados. Por eso dice San Juan, que vió *cielos nuevos y tierra nueva.* Si las codicias del mundo no las queréis dejar, porque no son de parte de Dios, *mirad que el mundo se pasa y sus*

concupiscencias; catad aquel deseo de la carne que *se pasa*; la codicia de los dineros *se pasa*; la soberbia de la vida *se pasa* y va de camino. «Avisos—dice San Juan—de cómo todo se pasa», para que huyáis de ello y lo dejéis, pues ha de ser por fuerza.

Qui autem facit voluntatem Dei, manet in aeternum. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre. No era menester que esto se dijese por muchas palabras, viendo lo que vemos. ¡Cuántos habrán andado por esta tierra por donde nosotros andamos! ¿Qué fué de ellos? Ya pasaron. ¡Qué cosa ver hervores de cortes, justas, torneos, invenciones, faustos y atavíos! Espera un poquito, ¿qué se hicieron? ¿No tuvo razón el rey Jerjes, que teniendo un campo de hombres de un cuento, subióse a un monte y paróse a mirar aquella multitud de gente, y comenzó a llorar? «¿Por qué lloráis, rey?» «Porque me llaman rey de tanta multitud de gente, y soy rey de polvo, porque de aquí a tantos años no habrá ninguno de éstos.» *Fallax gratia, et vana est fortitudo, et pulchritudo; mulier tinens Deum ipsa laudabitur* (Prov., 31, 30). «Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, ésa será loada», dice la Sabiduría.

¿Qué dirán los malos en el infierno? Y plega a Dios que lo entendamos y escarmentemos en cabeza ajena (Sab., 5, 8): *Quid nobis profuit superbia vitae? Aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa.* Pasaron todas aquellas cosas, como saeta tirada al blanco, que no sabemos qué camino llevó. porque no dejó señal (Sab., 5, 13): *Sic nos nati, continuo desivimus esse, et virtutis nullum signum valuimus ostendere; in malignitate nostra consumpti sumus; talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* ¡Malaventurados! ¿Quién os hiciera entender eso, mientras vivisteis acá! ¡Si lo creyéades, cuando acá os lo predicaban!... Unos le llamaron al mundo *sueño*, y otros *la ampollita que hace el agua*, que luego se deshace; y si otra cosa en el mundo hallareis más breve, comparadlo a ella.

Vana es la buena gracia, pero engañosa: *Fallax gratia.* Guardaos de ella; catad que es vuestro enemigo, aunque tiene apariencias de amigo. Dios nos libre; que con ser vano el mundo, es engañoso. Dice Jeremías (51, 7) del cáliz de Babilonia: *Calix aureus inebrians omnes gentes.* El cáliz bueno parece, que

está dorado; mas mirad, que emborracha todas las gentes. La vanidad del mundo cosa buena nos parece; el valer y ser estimado, cosa de gusto; la codicia de la carne, sabrosa: la codicia del dinero, buen rostro nos muestra; hermosa cosa nos parece el mundo. Pues mirad que os engaña; catad que emborracha. Es engañoso; pareceros ha hermosura por de fuera, y tiene de dentro fealdad. ¡Dios os guarde de su engaño! Viene un vuestro amigo a deshora y da a la puerta: «¡Abrid aquí!» «¿Quién sois?» «¿No me conocéis? Fulano, vuestro amigo soy.» Vais, abrísele, entra vuestro amigo, y tras él vuestro enemigo y tómaos descuidado y daos de puñaladas. ¿Habéis visto vuestros mercaderes malos, que muestran buena muestra y después dan mal paño? Mostráis buen vino, y daisme después ponzoña que me mate. Así el mundo con nosotros tiene unos halagos que parece que es nuestro amigo, y es para con aquéllos darnos ponzoña. ¡Qué halagos trae la carne, cuando nos quiere engañar! ¡Qué contentamiento nos promete la codicia del dinero! ¡Qué apacible se hace la honra, que parece que reluce a los hombres! Si cuando estos enemigos diesen a la puerta, mirásedes vos quién viene tras ellos, no los dejaríades entrar; porque conoceríades que viene con esa apariencia de amigo vuestro enemigo a mataros. El hombre naturalmente desea descanso. Engañámonos; tomamos el paño malo por la muestra buena. Convidaos el mundo con vuestro apetito, con aquello que vos codiciáis; abris la puerta; cuando no catáis, daos de puñaladas y mátaos.

Dios usa al revés del mundo con nosotros; el mundo tiene los principios sabrosos y los dejos amargos; nuestro Señor tiene los principios amargos y los dejos sabrosísimos, y de gran perpetuidad y descanso. ¿Qué nos dice el Señor? Primero *toma la cruz, y sígueme* (Mt., 16, 24); sufre la tentación por amor de mí, sufre los trabajos; que el fin de ellos será la gloria. Sufre aquella muestra trabajosa que la virtud tiene consigo, que después será muy gran deleite aun en esta vida. Que si os ejercitáis en virtudes y cumplís la Ley de Dios, ¡daros ha tanto contentamiento! Vendrá tiempo que os será más deleite trabajar, sufrir injurias y necesidades, que a los malos cumplir sus deseos.

Tenéis aquí un peso con dos balanzas iguales; ¡no lleguéis a ellas, dejadlas pesar! No tienen los hombres paciencia para dejarlas pesar; sino antes que vean

cuál balanza pesa más, echan mano de la cosa deleitable. Dejad pesar ese peso, no tengáis esa balanza: *Amor meus, pondus meum; quocunque feror, amore feror* (Augustinus). Vuestro amor es vuestro peso; adondequiera que va vuestro amor, allá sois llevada; el deleite os lleva. ¿No diréis: «Quiero ver lo que me lleva, quiero ver lo que me dais»? ¡No echéis mano a la balanza! No tenéis paciencia para hacer esto. Poneis vuestro corazón en la codicia de la carne o en el fausto de la vida. No miráis el amargura que eso os trae, porque no tenéis paciencia para pesarle con la virtud. Como el mundo tiene los principios sabrosos, de ahí viene que le siguen mucha gente. Vendrán los dejos, y allí veréis el llorar, el arrepentir y el conocer cómo iban engañados.

No solamente el mundo es vano, mas engañoso; porque, siendo amargo, dice que es deleitable; siendo breve, dice que es largo; y siendo sombra, dice que es cuerpo; y siendo nada, dice que es mucho. ¡Y el negro mal es que lo creemos! ¿Quién hará entender a un mancebo, que no piensa morir en mil años, que la vida es breve? ¿Quién le hará entender a un avarento que aquello que ama no es nada? ¿Y quién hará conocer a un fantástico, que es aire su fantasía y su honra? Están tan satisfechos de sus carnalidades y vanidades, tienen sus leyes tan canonizadas, que no habrá entendimiento humano que otra cosa les haga entender. Está el mundo tan engañado, que para hacerle entender que van errados, ha de ser por gracia de Dios. Y así como Dios hace señalada merced a un hombre que perdió el juicio, en volvérselo; así la hace señaladísima al hombre que le da a entender lo poco en que debe ser tenido el mundo. Y esto no se puede hacer, si Dios no entra en el corazón y da lumbre para leer este libro.

El mundo se pasa y sus codicias. Recio amenaza el Profeta Joel (1, 5) a los que aman al mundo: *Expergiscimini et ululate, ebrii, qui bibitis vinum in dulcedine; quia ablatum est vinum de ore vestro.* Quitaros han esas carnalidades, quitaros han esas vanidades, esos dineros; y quitado ese vino de la boca, vendrá otro, del cual dice la Sagrada Escritura (Deut., 32, 33): *Fel draconum, vinum eorum.* Hiel de dragones es su vino.

Pues el que hace la voluntad de Dios, éste permanecerá para siempre. ¡Los deseos de grandes memo-

rias! Mirad; aquí el mundo es *codicia de la carne, y codicia de ojos, y soberbia de vida*. Decidme: ¿un hombre que va al infierno, que vivió acá en estas codicias, tendrálalas allá? Sí; que con las codicias que acá murió, con ésas estará en el infierno. Allá tiene deseo de pecar como acá tuvo; mas no le dejan poner en el efecto sus codicias. Como en el bueno duran sus virtudes que acá tuvo; que si acá fué manso, serlo ha en el cielo; acá casto, también allá; acá humilde y sujeto, allá también. Los malos que acá pecaron, aunque murieron, no perdieron la concupiscencia del pecar; aunque para los efectos del pecar no les dan lugar. Y esta es grandísima pena y castigo para esos que siempre están pecando y deseando desordenadamente; que si se les quitara la concupiscencia del pecar, menos tormento les fuera; mas siempre están pecando y el mismo pecado es pena de su pecado, aunque no tienen otra nueva pena de sentido, porque están fuera del estado del desmerecer. Mas *quien hace la voluntad de Dios* deléitase en la castidad, deléitase en la modestia, en la humildad y el trabajo, y el deleite de la virtud permanece para siempre. Y si algo se pierde, es la fe; en lugar de ella sucede otra mejor cosa, que es ver a Dios: *Qui autem facit voluntatem Dei, manet in aeternum*.

En aquel juicio general se asentará Dios en su silla, en el pleito que se trata entre Dios y el mundo. En él ahora es deshonrada y tenida en poco la virtud y estimado el vicio; que aca, si uno hace lo que debe, luego mofan de él; y los malos parientes deshonran al pariente que perdona la injuria, y no la vengó. Dará el Señor la sentencia en favor de la virtud, y condenará lo que los mundanos hacen. El mundo perecerá, y será deshonrado, abatido y despreciado; los buenos serán favorecidos y estimados y tenidos en mucho (*Rom.*, 10, 8): *Prope est verbum in ore tuo*. ¿Queréis agradar y contentar a Dios, y que el día del juicio seáis de los escogidos? Guardad sus mandamientos, guardadle su condición, haced su voluntad, no busquéis devociones extranjeras.

—¿Y los trabajos que me vienen?

—Recibidlos con paciencia; que así hizo Job (1, 21): *Sicut Domino placuit*, así se hizo

—¿Qué? ¿Los trabajos envía Dios?

—Sí, y él sabe por qué. Él lo dice por el Profeta Oseas (*Amós*, 3, 6): *Si est malum in civitate, quod*

ego non fecerim? ¿Qué pena hay en la ciudad que yo no haya mandado? El mal es en dos maneras: mal de culpa, y mal de pena. La pena no es mala; que buena cosa es que un juez ahorque a uno que lo merece; buena cosa es que un padre castigue a su hijo. Castíganos el Señor, porque seamos buenos. No solamente hemos de hacer los mandamientos de Dios. mas también sufrir los trabajos que nos envía; que no basta lo uno sin lo otro. Bien dijo esto San Pedro (1 Petr., 4, 19): *Itaque hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fidei Creatori commendent animas suas in benefactis.* Así que aquellos que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus ánimas con buenas obras al Criador. Uno sin otro no aprovecha nada. Si el Señor se quiere servir de mí con trabajos. *sea el nombre del Señor bendito.*

El mundo, *soberbia de vida.* ¿Qué le es su contrario? Amar deshonra. El mundo, *codicia de carne;* su contrario, amor de trabajos.

—¿Cómo? ¿tengo yo deseo de ser deshonrado, y deseo de pasar trabajos, y de ser pobre? ¿tengo totalmente de ser contrario al mundo?

—Deciros he lo que basta de necesidad, y lo que debéis hacer para más perfección. Bástale a un cristiano para se salvar, no amar *la codicia* de la carne y de los dineros: «No quiero honra; porque no como de ese manjar; ni quiero regalos de carne.

—¿Basta esto?

—Basta. Mas si queréis amar a Dios perfectamente. habéis de pasar de ahí. Dice San Pablo (Gal., 5, 24), que *los que son de Cristo concrucifican su carne con los vicios y concupiscencias.* Después que Cristo vino al mundo trocaronse las lanzas. Él fué por nosotros crucificado; nosotros hemos de ser crucificados por Él. Pudiéndonos Cristo redimir sin trabajos, murió por nosotros: pudiéndonos curar con medicinas, nos curó a costa de su sangre preciosa. Oíd a San Bernardo: «Dulces son las afrentas del Crucificado al que las conoce.» Esto, Señor, me mueva a que más os ame, y padezca por vos trabajos; ver que, pudiéndome rescatar *sin trabajos*, los quisistes recibir tantos, y tales, y tan grandes. Este es, Señor mío, purísimo amor que me tuvisteis, porque estaba mejor para mí. Mueve tanto el corazón este amor que Cristo nos tuvo, que hace a los verdaderos cristianos desear padecer por Él *muchos trabajos;* y danle tormento y desconsuelo los re-

galos y vanidades del mundo. Cava tanto el corazón pensar que Dios *sin trabajo* nos pudo redimir y no quiso, que hace a muchos, que siéndole puesto delante el trabajo y el descanso, y siendo éste lícito, escojan el trabajo; y si Dios les manda que tomen el descanso, les es muy gran tormento. Vanse a querer la deshonor, huélganse con ser menospreciados y desean padecer hambre y sed. Y dice el buen cristiano: «Quiero responder a mi Señor en el tono que me habla. De esta manera me amó; puro amor le hizo padecer; quiero yo en retorno hacer por Él lo que Él hizo por mí.» Si Dios dijese a uno: «No trabajes, no te fatigues, que yo te llevaré al cielo sin trabajos», él, verdaderamente agradecido, podría decir: ¡Señor, vergüenza tengo de lo que me decís! ¡Que seáis Vos tan mal tratado, tan lleno de trabajos, y que yo no tenga necesidades! ¡No me lo mandéis, que es gran desconsuelo para mí; nunca tal haré!

Que vaya el Emperador a la guerra con una pica al hombro, y descalzo, y corriendo sangre, sudando y cansado, y que diga a un caballero: «Pero vos cabalgad en una mula, y vestíos, y comed muy bien, y regalaos, y veníos conmigo a mi lado.» En verdad que si aquel caballero tiene vergüenza, que se afrente gravemente de esto, y le sean más pena aquellos regalos, que si fuera como va el Emperador; y así dirá: ¡No me lo mandéis, Señor, que es gran afrenta y dolor para mí! «Habéislo de hacer, que lo manda el Emperador.» Dice Dios: «Sígueme.» Si éste tiene hacienda, honra, vive sin trabajos y sin afrenta, tendrá gran dolor de ver a Cristo a su lado pobre y ser él rico, de ver a Cristo con trabajos y él con descanso, de ver a Cristo con una cruz auestas, descalzo y corriendo sangre, y él a su placer. En verdad que el cristiano que esto siente, tendrá gran dolor de ver que no puede consolar al caballero que va regalado con el Emperador, diciéndole: «Tened paciencia, haced lo que el Emperador os manda, aunque os parezca cosa recia, que, yendo él con tanto trabajo, vayáis vos tan regalado; haceos desplacer a vos por contentar a él»; así habíamos entre cristianos de consolar al rico y consolar al honrado: «Tened paciencia, catad que quiere Dios que os honren.» ¡Oh qué cosa recia, que vea yo a mi Señor sudar gotas de sangre, vivir en tantos trabajos y con una cruz auestas, y que vaya yo muy

harto y muy regalado! ¿Quién lo podrá sufrir? Señor, si me dais estas riquezas, con pena las recibo; mas por cumplir lo que mandáis las tomo. ¿Yo honrado y alabado, y Vos pregonado por Jerusalén como malhechor? ¡Y yo sin dolor, ni enfermedad, ni trabajo, ni hambre, y Vos lleno de dolores y trabajos, hambre y sed y cansancio!

Esto ha de hacer el cristiano. Como el mundano tiene deseo de ser regalado, honrado y de tener dineros, así el cristiano ha de tener deseo de ser deshonorado, de ser pobre y pasar trabajos. Y si como Dios quiere que coma, si quisiera que dijese mis pecados públicamente, yo los diría, porque me tuviesen en poco, como mi Señor fué deshonorado. Dice Dios por Jeremías (18, 8): *Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo quod locutus sum adversus eam, agam et ego poenitentiam super malo quod cogitavi ut facerem ei.* Si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, me arrepentiría de lo dicho contra ella, y de lo que tenía pensado hacerle. Si Dios os dijere: «Al infierno te quiero llevar» (si esto os dijeren en nombre de Dios, no lo creáis que Dios diga esto, antes creed que es el diablo, que no son palabras de Dios, para quien le sirve); mas pongamos por caso que Dios lo dijese y te mandase ir al infierno. ¿Qué dirías? «Sea enhorabuena.»

En el infierno hay dos cosas: culpa y pena. Y porque en el infierno hay culpa, ninguno va allá por la voluntad de Dios, sino por sus malas obras. Como un buen juez que ahorca al malo, que no quisiera que hiciera aquel mal ni que en él se ejecutara la justicia. Pongamos caso que uno murió en pecado mortal; fué se al infierno; mas Dios no quiere que vaya allá. Sus pecados lo llevaron. Santo Tomás (4) dice que hemos de querer la voluntad de Dios.

Dios quiere que si muere vuestro padre, le lloréis, y hacéis bien; mas en cuanto toca a que lo quiso Dios holgáisos; en lo tocante a que era vuestro, pésaos porque murió.

Quémase una casa a vuestro prójimo. Lloráis con los que lloran, reís con los que ríen. —Andad, que Dios lo hizo, holgaos de eso. ¡Qué gentil caridad! Sí, que un padre azota un hijo, y no quiere que los otros hijos se ríen, antes se huelga él que lloren como aquél.

(4) 2.^a 2.^{ae}, q. 10, 4; q. 2, 10,

—¿Pues no me tengo de conformar con la voluntad de Dios?

—Sí; mas no es toda una regla, voluntad de Dios y de hombre. Dice San Agustín que puede Dios, con voluntad buena querer una cosa, y querer vos lo mismo que Él quiere y no conformaros con su voluntad. Y puede haber conformidad *in voluto* (en lo querido) y no *in modo volendi* (en el modo de querer). Dice un padre a un hijo: «Ve a los segadores a llevarles de comer.» «Y vos, padre, ¿qué queréis hacer?» «Estarme aquí en esto pegado.» Dice el hijo: «Yo también quiero lo que vos queréis.» Eso no es hacer su voluntad, antes es chufa, o lo que es lo mismo, burla. Ha de querer el hijo lo que su padre desea que el hijo quiera. La verdadera obediencia es que vos queráis lo que Dios quiere que vos también queráis. Aun diciendo Dios: «Yo quiero que vuestro padre se muera y quiero que se queme aquella casa de vuestro vecino; no habéis de buscar vos que vuestro padre se muera ni que se queme la casa del otro, antes habéis de sentir trabajo y llorarlo.» Otra regla es razón que tenga Dios con nosotros. Tenedla en vuestro querer y no querer, que sea la voluntad de Dios.

Y de aquí conoceréis cuán sin pecado tenía Jesucristo aquella guerra con su sensibilidad, repugnando la muerte.

—Pues si Cristo tenía guerra, tenía repugnancia; y habiendo repugnancia, por lo menos habrá pecado venial.

—Es falsísimo; antes la misma razón mandaba a la sensibilidad que sintiese aquella agonía y que se entristeciese, sabiendo nuestro Señor que había de haber herejes que dijese que los trabajos que Cristo había padecido no le habían dolido. Diría el Señor: «Para que veáis, herejes, que los trabajos verdaderamente los siento, quiero dejar a mi sensibilidad que sienta lo que otro hombre humano podría sentir»; y aún más, por haber sido más delicado. Y eso es lo que dice (*Mt.*, 26, 29): *Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz*. Esta no es desobediencia al Padre, antes conformidad en *el modo de querer* y no en la cosa querida: *in modo volendi*, y no *in voluto*. Esta repugnancia que tuvo la sensación de Cristo, no sólo fué sin pecado, mas con virtud. Causa acá la sensibilidad guerra; estaros deteniendo en aquella sensualidad. ¿Come Eva, y no come Adán? ¿No consiente la

razón? No hay pecado mortal, hasta que coma Adán y diga la razón: «Soy contento.» Aquel *detenerse, sin consentir* en el pecado o tentación que el demonio trae, es pecado venial. Como en Cristo no hay cosa mala; la sensibilidad tenía obediencia a querer lo que la razón quisiese.

Nuestro querer no es así. Una regla es del querer de Dios, otra es la regla de nuestro querer: «Yo no querría que se muriese mi padre.» Llévanle a una mujer a su marido a ahorcar: llora, y no peca en ello. ¿Por qué lloráis? «Porque ahorcan a mi marido.» ¿Por qué no queréis lo que Dios quiere? «Porque no quiere Dios que yo lo quiera.» ¿Sabéis cuándo pecaría la mujer? Cuando le pesase mirando la misma justicia que se hace. Si dijese: «¡Pluguiera a Dios que no hubiera justicia para castigar los culpados!» Habéis más de estimar el bien público, que el bien vuestro particular, vuestro trabajo o pérdida; lo cual bien podéis hacer. Ley general es que sea amada la Justicia. Cumplís ambas leyes: una del llorar con los que lloran, otra conformaros con la voluntad de Dios. Si Dios echa a uno en el infierno y dice uno: «Pésame, porque Dios hace justicia», peca. Mátanle a la otra el marido; si mira su mal particular: «Pésame por la falta que me hace; mas considerando que lo hizo Dios, alábole, y digo que se cumpla su voluntad.» ¿Cumple con esto? Sí; no es obligada a decir: «Huélgome con este mal, porque es enviado de Dios»; sino: «Duélome de este trabajo, mas cúmplase la voluntad de Dios.» De esta manera cumplís con la ley particular, porque sois obligado a sentir y llorar el mal del prójimo como el vuestro; y cumplís con esta otra ley, que se haga la voluntad de Dios, de la cual dice San Juan que *quien la hace permanece para siempre*.

V. 18.

Filioli, novissima hora est. Et sicut audistis, quoniam antichristus venit, et antichristi multi facti sunt; unde scimus quia novissima hora est. Es la hora última, hijitos míos. Y como oísteis que viene el anticristo, muchos se hicieron anticristos; por eso nos consta ser la hora postrera.

El intento de San Juan, en lo que hemos visto, ha sido persuadir y engrandecer este bien tan grande,

que es *tener compañía con Dios*. Ha dicho cómo para tener esta compañía hemos de *andar en luz*; hemos de *guardar los mandamientos de Dios*; hemos de *amar nuestros hermanos*; porque quien no los ama, ni está en luz, ni tiene compañía de Dios. *No hemos de amar al mundo*, so pena de perder la amistad de Dios. Para firmeza de esto mismo y dejarnos fundados mejor en esta *compañía de Dios*, avisanos ahora de algunas cosas que nos pueden quitar la compañía y amistad de Dios, diciendo: *Filioli, novissima hora est. Hijitos míos, ya es la hora postrera. Y así como el anticristo viene, y ahora son muchos anticristos, de ahí sabemos que es la postrera hora. Estos, de nosotros salieron, mas no eran de nosotros*. Anticristo quiere decir contra Cristo (*anti* en griego quiere decir *contra*); y aquel *antichristus venit*, es de presente y no de pretérito (lo que no es del Evangelista (5): *Venimus cum muneribus*, que es pretérito). Dice pues: *Oíteis que viene el anticristo*. Por ser cosa tan cierta dice San Juan que *viene*; que quiere decir *vendrá*; pero es tan cierta como si ya estuviera presente. Pues de ése os habéis de guardar. ¿Quién no se guardará del contrario de Cristo? Pues aquellos nacidos que lo hayan de ver.

El anticristo es un hombre que está profetizado que ha de venir, malísimo sobre toda maldad; en el cual, así como en un Hombre-Dios, Jesucristo nuestro Señor, fué infundida toda la gracia, así en este malignísimo hombre infundirá el demonio toda la maldad. Dice San Juan (3, 34) de Cristo nuestro Redentor que *le dió Dios la gracia sin medida*; y por eso fué el que más agradó a Dios, porque no tuvo medida su gracia. Y así este diablo del anticristo será un hombre verdadero, mas endemoniado, en quien el demonio más derramó toda su maldad en hacer milagros y en contradecir a nuestro Señor Jesucristo, y hacer que no le sigan, y para esto perseguir y hacer muchas crueldades a los que siguieren al divino Maestro. Este tomará por empresa decir mal de Cristo, y alzar guerra contra todo el que invocare su Nombre. Dice el profeta Daniel (7, 21) que le fué dado al anticristo poder para combatir contra los santos y vencerlos. Aquí *santos* quiere decir cristianos. Así como un cáliz es *santo*,

(5) *Lo que no es*: no así el texto del Evangelista.

porque es dedicado a Dios, de esta manera se dicen todos los que tienen la fe, *santos*, aunque no sean justos.

Este anticristo matará muchos cristianos que no querrán negar la fe, y otros muchos la negarán, y serán hechos de su bando no pocos, letrados y no letrados. A unos dará dineros, a otros estados y honras por atraerlos a sí; y si con todas estas dádivas no aprovecharé, pondrálos en grandes tormentos y matará muy muchos. Sobre esto no os diré cosa de poca autoridad de las que hay por ahí escritas, sino cosas sacadas de la Escritura. San Pablo dice (2 *Tesal.*, 2, 9), hablando de este anticristo: *Cujus est adventus secundum operationem Satanæ omni virtute et signis et prodigiis mendacibus, et in omni seditione iniquitatis his qui pereunt, eo quod charitatem veritatis non receperunt.* Cuya venida será según operación de Satán en toda eficacia, signos y prodigios falsos, en toda inicua sedición a quienes perecen sin recibir el bien amoroso de la verdad. La venida de éste dice San Pablo que será, *según la obra de Satanás, en toda virtud, y en todo poder y milagros, por virtud del diablo.* Hará levantar los muertos, porque el diablo se meterá en los cuerpos, y harán, y hablarán, y dirán que lo hacen, en virtud del mismo anticristo. Y en prodigios. Prodigio es milagro que mucho espanta, que es más que milagro común. Milagros espantosísimos y mentirosos, y en toda manera de engaño. Mirad lo que ahí está encerrado. Y porque estuviesen apercebidos, amonéstalos en principio de este capítulo: *Ruégoo, hermanos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, y por nuestra congregación en Él, que no os mováis presto de vuestro sentido, ni os espantéis. Neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam tamquam per nos missam, quasi instet dies Domini.* No se engañe nadie con decir: *Ya viene el Juicio.* No se engañe nadie, que no vendrá tan presto; porque primero que venga, *se descubrirá aquel hijo de maldad, hijo de perdición, aquel que se levanta y contradice sobre todo lo que es Dios.* Así como la Iglesia cristiana, que fué fundada con muy gran persecución de los cristianos, y que en diciendo: ¡Soy cristiano!, decían: ¡Daca la cabeza!; también al fin de la Iglesia ha de haber muy grandes persecuciones y muchos mártires. De este modo ha de ser la Iglesia probada al fin como lo fué al principio. Bien creo yo que para tan gran guerra y persecución, no está la

Iglesia esforzada; y así, creo que caerá muchísima gente.

Hará el enemigo muy repetidos milagros. ¿Qué se le dará al diablo tomar un cuerpo fantástico? Y hará levantar a vuestro padre, porque lo dejará Dios hacer lo que pueda. Y ahora por esas tierras andan diablos en figura de hombres familiares. Dará guerra a letrados con argumentos, y hara caer a muchos; ¿qué hará la demás gente? Será el anticristo un hombre soberbísimo: *Ita ut in templo Dei sedeat, ostendens se tamquam sit Deus*. De modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como Dios.

Dice San Juan: *Et nunc multi antichristi facti sunt*. Muchos son hechos anticristos. ¡Más me espanta eso! Estos son anticristos, como miembros de aquel que, como cabeza de ellos, es el más principal. Ninguno es bueno, si no recibe virtud de la cabeza, que es Cristo, porque Cristo es *caput Ecclesiae* (Efes., 5, 23). Y así el diablo es cabeza de los malos, del cual dice Job: *Diabolus et rex super omnes filios superbiae*. El diablo y los malos es un cuerpo, del cual el diablo es cabeza. Y el malo, como más llegado a la cabeza, es más principal de sus miembros y participa más de él. Incitará a los miembros del diablo a error y mal, así como Cristo, por el contrario, incita a sus miembros a bondad y virtud.

Dice San Juan: *Filioli, novissima hora est*. ¿No veis qué larga hora? Pues verdad es lo que dijo San Juan, que aquel tiempo, que ha mil quinientos y tantos años, era la hora postrera. Y la santa Madre Iglesia le llama al tiempo que Cristo encarnó, *la tarde: Venit ad vitae vesperam*. (En la víspera de la vida. Llego.) Y en el Génesis (49, 1) se cuenta que, cuando Jacob se quiso morir, llamó a sus hijos: *Congregamini, ut annuntiem quae ventura sunt vobis in diebus novissimis* (v. 10). *Non auferetur sceptrum de Juda, nec dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est*. Congregaos para anunciaros yo las cosas que en los postreros días vendrán. No saldrá el cetro de Judá, ni el poder de su muslo hasta que venga el Mesías. Llamó Jacob *postreros días*, cuando nuestro Señor vino al mundo. Y San Pablo dice (1 Cor., 10, 11): *Haec omnia in figura contingebant illis; scripta sunt autem ad correctionem nostram, in quos fines saeculorum devenerunt*. Todo les acontecía en figura; y todo fué escrito para corrección nuestra y para quienes vino

el fin de los siglos. Llama San Pablo a su tiempo *fin de los siglos*. Y en otra parte llama San Pablo el tiempo en que Cristo encarnó *novissima hora*, y San Juan dice aquí en esto: *Sabemos que es postrera hora*, porque hay muchos anticristos.

Y San Pablo: *No os engañe nadie diciendo que viene el día del Señor. Non retinetis, quod, quum adhuc essem apud vos, haec dicebam vobis? Et nunc quid detineat scitis*. Cosa que San Pablo les había dicho en secreto, no lo sabemos; mas podémoslo adivinar, que les diría que se detendría la venida del anticristo, para que se poblasen las sillas del cielo. Porque si luego viniera el día del juicio, no hubiera tanta gente que se salvara. Sea lo que fuere: *nam mysterium iam operatur iniquitatis*. El misterio de la maldad ya obra. *Misterio*, significa secreto. Quiere decir: «Ya hay mensajeros que obran lo que ha de obrar el anticristo.» En nuestros tiempos hay de éstos que, con tormentos y engaños, hacen a los hombres que nieguen a Cristo. El oficio del anticristo será apartar a los hombres cristianos de la Iglesia con tormentos y engaños. Pues ahora hay hombres que hacen eso, mensajeros tiene ahora. Esto decía San Pablo por su tiempo, que desde la primitiva Iglesia hubo herejes que, con sus falsas doctrinas, procuraron de apartar la gente del camino de la verdad. En creciendo la buena simiente, luego creció la mala hierba. Y ahora hay muchos rastros de aquéllos que, con engaños y falsos argumentos, quieren apartar a los cristianos del camino de Dios. Desde el principio de la Iglesia hasta el fin, hay anticristos; mas llámase aquel *autonomastice* anticristo, *contra Cristo*, y los otros *secundum quid*, como miembros de Él.

Hay otra manera de anticristos (por ventura habrá muchos que no me lo creerán), que no es decir herejía contra Cristo, ni perseguir a los cristianos para que en Él no crean, sino es cuando un hombre en su corazón es contrario a Cristo. San Agustín dice: *Omnis, qui non diligit Deum, antichristus est; foris sis, intus sis*. Tanto me da que estés en la Iglesia o fuera de ella; que como te falte el amor de Dios, anticristo eres. Que aunque seas bautizado, y vayas a la iglesia, y tomes agua bendita, y oigas Misa, si no tienes amor de Dios, anticristo eres. Decidle esto por vuestra vida a alguno, que en verdad que se enoje. Y por ventura os llevará delante el Alcalde. ¿Amas algún pecado mor-

tal? Anticristo eres, *contra Cristo*. San Jerónimo dice (está en el *Decreto*): «Muchos se engañan pensando que es negar a Cristo contradecir su Ley. Cristo no sólo es verdad, mas es humildad, castidad, paciencia, templanza, fortaleza y justicia. Todas las veces que niegas una virtud de éstas, niegas a Cristo. La virtud es negada por el pecado; todas las veces que ofendes a Dios, niegas a Cristo. Porque Cristo no sólo es verdad, mas bondad; luego tantas veces negáis a Cristo, cuantos pecados mortales hacéis. Y pues negáis a Cristo, *anticristo* os podemos llamar. Lo mismo dice Orígenes sobre San Mateo (cap. 24). De éstos dice San Pablo (*Tit.*, 1, 16): *Confitentis se nosse Deum, factis autem negant*. Confiesan a Dios, pero lo niegan con los hechos. Dice San Gregorio: «Advierte que también hay impiedad en las obras, como en los errores.» El negar a Cristo es cosa de impiedad; y no sólo con la falsedad negamos a Cristo, mas con la maldad. San Pablo dijo: *Confiesan conocer a Dios, y nieganlo en los hechos*. Y de ahí sacaron los doctores llamar *anticristo* a boca llena al que ofende a Dios. San Pablo (*Rom.*, 8, 9): *Qui non habet spiritum Christi, hic non est ejus*. Su espíritu es la gracia, que obedece a Dios. El que no tiene este corazón de Cristo, no es de Cristo. Será, como Él mismo dice (*Lc.*, 11, 23): *Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum, dispergit*. Quien no está conmigo, contra mí está: quien conmigo no allega, desparrama. Ese es el nombre del anticristo o que confiesa la fe de Cristo. Bien está, en eso no sois contra Cristo. Cristo no sólo es verdad, mas bondad; pues negáis la bondad, contra Cristo sois. Si no negáis a Cristo con las palabras, lo negáis con las obras. Veis esto probado por palabras de Dios.

Y si la maldad del hombre pasare adelante induciendo otros para ser malos, ¿qué le falta a éste para verdadero anticristo, que ni cree en Cristo, ni quiere que los otros crean? Lo mismo haces tú, que ni quieres ser bueno, ni que los otros lo sean. El hereje no cree la fe, y procura que los otros no crean la verdad: y el que ama la maldad, no quiere la bondad, e induce a otros para que no la amen. Un mal hombre que persigue a una mujer para que sea mala, o una mala mujer que aconseja a otra que ofenda a Dios; el otro que aconseja a su pariente que no perdone la injuria, todos tienen oficio de anticristo,

por la parte de la bondad; porque tantas veces perseguís a Cristo, cuantas hacéis que otro peque. Si dice Dios que *el no coger con Él es derramar*; si el no andar a buscar gente que sirva a Dios es derramar, ¿cómo le llamaréis al derramar la gente que Dios tiene allegada? Gravísimo pecado, y que se ha de pedir de él estrecha cuenta. Dice Gersón: «Uno de los pecados de que en este mundo no se hace penitencia, y ya que se hace, mal hecha, es ser causa que otros pequen. Porque mi pecado, arrepíentome de él y enmiéndome; mas el pecado que yo hice en hacer pecar a otro, ni me acuerdo de él, ni me arrepiento, ni hago caso de él.» Mirad no os vayáis al infierno cargados del pecado de otros. Si habéis echado almas en el infierno y murió alguno (que vos hicisteis pecar) primero que vos, está allá dando gritos, pidiendo justicia a Dios sobre vos; y es menester que vos deis gritos contra aquellos gritos, pidiendo a Dios misericordia.

Andáis a *derramar* la hacienda de Cristo. Quiere uno confesarse y recogerse, y venís vos y murmuráis de él, y decís que lo hace por no sé qué, y ponéisle nombres; deja de hacer lo que querría, ¿paréceos que tenéis con qué pagar aquel daño? Habéis echado a perder lo que Dios compró con su sangre, contrario a Cristo sois; os llaman a boca llena anticristo, contrarios fines tenéis vos y Cristo. Por haber gente que murmure y contradiga a los que siguen a Cristo, están muchos contrarios al bando de Cristo. Cosa recia es que haya esto entre cristianos.

Dice el Esposo en los Cantares (*Cant.*, 2, 2): *Sicut liliun inter spinas, sic amica mea inter filias*. Como el lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas. Dice San Agustín: «Mirad que dice *entre las hijas*, y no entre las extrañas.» El buen cristiano ha de ser como *rosa entre las espinas*, ha de ser amigo de Cristo *entre las hijas*, que son los cristianos; de los cuales, aunque sea combatido de todas partes, ha de considerar que es *rosa entre espinas* y que le han de picar de una parte y de otra. *Ecce amaritudo mea amarissima* (*Is.*, 38, 17). He ahí que mi amargura es amarguísima. ;Que entre gente que trae paz, haya guerra! San Bernardo: *Amara fuit Ecclesia in persecutione martyrum*; y más con la persecución de herejes. El tirano dice: «Muera éste, porque confiesa a Dios.» Mas el hereje, que con su herejía hace enten-

der que no se ofende Dios, más amarga está la Iglesia con la persecución de los herejes; y mucho más en la falsa paz de los cristianos; allí es la Iglesia más amarga. Persígueme un tirano; ya veo que me ha de hacer mal, y huyo de él. Predica un hereje, dícame la Iglesia que no lo crea. Mas del que está en la Iglesia como yo, y conversa como yo, y profesamos una fe, y me dice: «Mira qué nuevas santidades; dejacs de esas hipocresías; haced lo que los otros hacen.» ¿Qué responderé al tal, que es cristiano como yo? Cuando tocó la mujer que padecía el flujo de sangre a nuestro Señor en la fimbria de la vestidura, iba mucha gente con nuestro Señor; y dice el Señor a San Pedro (Lc., 8, 45): *Quis tetigit me?* ¿Quién me tocó? Respondió San Pedro: *Vides Domine, quia turbat te comprimunt, et dicis: Quis me tetigit?* Señor, ves que las gentes te aprietan, y preguntas ¿quién me tocó? Estos malos cristianos son los que aprietan el cuerpo de Cristo. ¿Cuál es el cuerpo de Jesucristo? Los que están en gracia (1 Cor., 12, 27): *Vos autem estis corpus Christi.* ¿Sabéis de qué sirven esos otros? De apremiar el cuerpo de Jesucristo. Porque los que no tienen más fe, que son espinas.

Mayores fuerzas son menester para servir a Dios entre cristianos malos, que entre infieles. Perdona uno una injuria, dícenle cobarde y malaventurado. ¿Cuántos mozos no dirían palabras deshonestas ni jurarían, si no fuese porque otros les corren y afrentan! ¿Por qué no vestís bajamente? «Porque no murmuren de mí.» Está profetizado: *Es la hora postrema; hay muchos anticristos, y va obrando la hora postrera.* Señor, si ahora mil y quinientos y tantos años se dijo con verdad que era la hora postrera, ¿qué será en nuestros tiempos, donde están los que no pueden creer que se ha de acabar el mundo?

Dijo una vez un predicador una necesidad (que a veces decimos muchas), que había de durar el mundo cuarenta mil años. Muchas señales hay para creer que será presto. No es profecía lo que digo; que quien esto profetizare, sin dar parte al Obispo o al Papa, está excomulgado (6). Dice Jeremías (6, 17) de nosotros, los predicadores, que somos atalayas que estamos en alto. Está el pueblo durmiendo y el atalaya velando. Mas si las atalayas son ciegas o se duermen,

(6) Ahora no hay tal excomunión.

¿cómo dirán al pueblo cuando viene el enemigo: «¡Alarma, alarma!»? Pues dice Dios: *Si stetissent in consilio meo, et nota fecissent populo meo verba mea, avertissent utique eos a via sua mala et a cogitationibus suis pessimis.* Si en mi consejo anduvieran y predicasen al pueblo mis palabras, le apartarian del mal camino y de pésimos pensamientos. Por Ezequiel (3, 17) dice asimismo Dios: *Speculatorem te possui in Israel.* Si el pueblo se muere, no sea, predicador ni Prelado, por tu causa; avísale tú cuando viene el enemigo. ¡Oh pobres de nosotros, predicadores y Prelados, que vemos menos de las cosas de Dios, que la otra gente; somos atalayas ciegas, en codicias de dineros, y de cosas de tierra, y de mundo; no somos de los que dice San Pablo (*Fil.*, 3, 20): *Nuestra conversación es en los cielos;* en las virtudes, que son las que llevan al cielo. No penséis, quiere decir, que siempre andemos pensando en el cielo; sino que siempre obremos virtudes para el cielo; no vilezas, no bajezas de mundo. Si hubiese buenos predicadores y Prelados, ya habríamos dicho: «¡Alarma, alarma!» Que ensayasen su vida para pelear con los enemigos; para que si en nuestro tiempo viniese el anticristo, que no nos tomase desapercibidos: y para que si viniere en tiempo de nuestros hijos o nietos, que éstos hubiesen aprendido de vosotros, y cuando viniese, estuviesen en vela. No están aquí Prelados a quien toca esto; mas aprovechará para mí, y para rogar a Dios que nos dé lumbre, para que sepamos ser atalayas.

Tengo por señal que vendrá presto el anticristo, ver la grande priesa que en la India hay a descubrir tierra y convertir gente. San Mateo (24, 14) dice: *Et praedicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio.* Quiere decir, que hasta que en todo el mundo se oiga la nueva del Evangelio, no vendrá el fin. Si en cuarenta años venideros descubren en las Indias lo que se ha descubierto cuarenta años ha (digo, otro tanto), paréceme que no habrá que descubrir más. Van los hombres con codicia de dineros a descubrir tierra, y hace Dios su negocio. Es maravilla la priesa que en las Indias se han dado a convertir gentes. Por acá, en Oriente y en el Occidente, ya se ha oído la fama del Evangelio.

Otra señal que pone San Pablo (2 *Tim.*, 3, 1): *In*

novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemí, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti. Estarán unos tiempos, para salvarse los hombres en los postreros días, peligrosos. ¿Cuándo estuvo tan combatida la castidad con desvergüenza de mujeres? ¿Cuándo hubo tanta deshonestidad en los trajes? ¿Cuándo estuvieron los mancebos tan deshonestos como ahora? ¿Era ahora cincuenta años así, que andaban los mozos jugando con las mujeres de treinta años, y no había deshonestidad ni bellaquería? ¿Cuándo los tiempos tan peligrosos? ¿Cuándo la bondad tan contradicha? ¿Sabéis en qué hemos creído nosotros? En unas devociones de fuera, en un rezar, en un ir más veces a la iglesia. Pues ¿sabéis cuán poco vale eso sin esotro? ¿Quiero encaminar este joven en servicio de Dios? Murmuran esos otros mozos. *Los tiempos peligrosos* son éstos. ¿Quiero servir a Dios? Persíguenme. «¡Anda, tanto confesar y comulgar! Fulana hacía así, y paró en la Inquisición.» No fué allá, por cierto, por confesar y comulgar, sino porque lo hacía mal hecho. No erró nadie por ser devoto y recogido.

Erunt homines seipsos amantes. Y serán los hombres amantes de sí mismos. ¿Cuándo lo fueron más que ahora? Los regalados de nuestros tiempos en fin del mundo se vieron. Todo cuanto aquí dice San Pablo, es cumplido. *Cupidi.* Van los hombres tras las codicias tres mil leguas; pasan mar, tierras y peligros grandísimos. *Elati.* ¿Cuándo mayor hinchazón de corazón que ahora? Y todo lo que nos dice San Pablo a la letra está cumplido.

La más principal sospecha y conjetura que tengo, es la venida de Lutero. Que así como antes de la venida de Cristo vino el precursor San Juan, como apóstador, así me parece que debe ser éste el mensajero del anticristo. San Pablo dice: *Nisi venerit discesio primum.* No vendrá el juicio hasta que venga la disensión. Disensión es cuando unos soldados se amotinan con su capitán. El griego dice *apostasía.* Un fraile que deja sus hábitos, hace disensión, que se aparta de su cabeza. *Tras esto*—dice San Pablo (*Hebr., 9, 27*)—*viene el juicio.* Decíme: desde que hay Iglesia, aunque ha habido muchos herejes, ¿ha ninguno predicado ni seguido tanta apostasía como este Lutero? Herejes ha habido; el capitán de todos fué Arrio; su guerra y cuestión fué contra las personas divinas;